



Fiodor Dostoievski



EL ETERNO MARIDO

Fiódor Dostoievski (Moscú, 1821-San Petersburgo, 1881) publicó *El eterno marido* en 1870. No sin cierto humor y originalidad presenta en esta novela la contraposición entre dos caracteres; Trusotskii, el eterno marido, casado en diversas ocasiones y Veltchaninov, en el papel de eterno amante, que siempre dificulta o interfiere los sucesivos matrimonios de su amigo. La novela presenta el conflicto entre estos dos personajes y muestra la compleja relación que existe entre ambos.

Nota preliminar

El eterno marido fue escrito por Dostoievski durante su estancia en el extranjero de 1867-71 (la principal y más larga de sus jornadas en el extranjero), consecutiva a su segundo casamiento, con Ana Grigorievna Snitkin. La primera referencia a esta novela la encontramos en la carta de Dostoievski a Nicolás Strakhov, fechada en Florencia el 30 de marzo de 1869: «Puedo ofrecer a la revista Zaria una novela corta, de dos pliegos próximamente, acaso algo más (en la Zaria ocuparía, quizá, tres o tres y medio). Hace tres o cuatro años, el año de la muerte de mi hermano, pensé escribirla, en respuesta a las palabras de Apolo Grigoriev, que había elogiado mis Memorias desde un subterráneo y que me había dicho: "Continúe usted escribiendo en ese género". Pero esto no es como las Memorias desde un subterráneo, sino algo completamente distinto por lo que se refiere a la forma, aunque el fondo sea el mismo y mi fondo de siempre, Nicolás Nicolaievich; si es que, como autor, me reconoce usted algún fondo particular y propio. Esta narración puedo escribirla muy de prisa, pues en ella no hay una sola línea, una sola palabra, que no me esté clara. Como que puedo decir que toda ella está escrita, aunque todavía no sobre el papel».

Más adelante, en la carta a N. M. Maikov, desde Dresde, 8 noviembre 1869: «La novela (que no puedo enviar a la Zaria antes de quince días, a contar del corriente) no tendrá tres pliegos y medio, como había escrito primero a Kachpi-

rev (por otra parte, yo le indicaba el *mínimum* de pliegos y no el *máximo*), sino que, acaso, llegará a seis o siete, del tamaño de los del Roussky Viestnik. Los dos tercios de la novela están ya escritos y copiados en limpio. He hecho todo lo que he podido por abreviarla, pero me ha sido absolutamente imposible. Mas no se trata de la cantidad, sino de la calidad respecto a la cual nada puedo decir, pues nada sé yo mismo; los demás decidirán». Y al final de la misma carta: «La novela tendrá por título, creo: El eterno marido; pero no estoy seguro».

A pesar de esta incertidumbre, Dostoievski mantuvo el título, y El eterno marido apareció en los números de enero y febrero (1870), de Zaria. A mediados del año siguiente volvía a Rusia Dostoievski, y en 1872 se publica en libro El eterno marido.

La obra parece tuvo gran éxito desde el momento de su aparición, a juzgar por la carta de Dostoievski a Strakhov, desde Dresde, 10 marzo 1870: «He leído con avidez sus líneas aprobatorias sobre mi novela^[1]. Me han halagado y complacido; yo habría querido y quiero siempre contentar a lectores como usted. Kachpírev^[2] también está contento; me lo dice en dos cartas. Todo ello me alegra mucho».

Para comprender todo el alcance del elogio hay que tener en cuenta que Dostoievski, a la sazón, era ya uno de los escritores más famosos de Rusia, el autor de Humillados y ofendidos, de La Casa de los muertos, Crimen y castigo y El Idiota. Podría decirse con justicia que El eterno marido pertenece a su época mejor, ya que se intercala entre El Idiota y Los Poseídos, las dos obras acaso más profundas y características del autor.

A juicio de todos sus comentaristas, El eterno marido con Humillados y ofendidos, constituyen las dos novelas de Dostoievski en que más elementos autobiográficos pueden encontrarse. Todos ellos están conformes en que el Trusovskii de El eterno marido es una encarnación literaria del au-

tor, que recogió en él sus más acerbadas experiencias de marido engañado. En el mismo libro de su hija^[3], podemos leer: «Dostoievski puso toda su amargura de marido traicionado en la novela *El eterno marido*, que escribió mucho después de su aventura^[4]. Es curioso observar que el autor pintó al héroe de su novela como una criatura despreciable, viejo, feo, vulgar y ridículo. Es posible que Dostoievski se despreciara a sí mismo por su credulidad y simpleza, por no haber descubierto la intriga y castigado a los amantes traidores»^[5].

En las *Marginalia* de Ana Grigorievna (la segunda mujer, de nombre de familia Snitkin), a las obras de Dostoievski, encontramos algunas notas referentes a *El eterno marido*, en las cuales se identifican ciertas características de sus personajes con las del propio autor; tales como la pérdida de memoria que sufre Veltchaninov: («Todo esto —escribe Ana Grigorievna— sucedió a Dostoievski personalmente. Acostumbraba olvidar tan por completo las caras de sus conocidos, que, a veces, ni siquiera reconocía a mi hermano, al que, por otra parte, tenía gran afecto. Su falta de memoria le hacía muchos enemigos, que lo atribuían a menosprecio. No era, pues, raro que olvidase los sucesos más recientes; pero, en cambio, recordaba casi todas las circunstancias del pasado, y muchas veces asombraba a quienes le rodeaban por la claridad de su recuerdo»), la condición de distinguir mal los colores, etc. Con referencia al final del capítulo titulado «En el cementerio», al margen de aquella frase: «Era un espléndido atardecer; el sol se ocultaba ya en el horizonte, etc.», encontramos la nota: «Dostoievski experimentó una sensación semejante cuando en 1868 fue por primera vez al cementerio a visitar la tumba de Sonia, nuestra primera niña. Sonia me ha enviado esta paz, me dijo entonces». Al margen del capítulo XII, en casa de los Zakhlebini-ne: «En los caracteres de la familia Zakhlebini-ne, Dostoievski describe la familia de su propia hermana, Vera Ivanov.

Esta familia, cuando yo la conocí, consistía en tres muchachas mayores, que disfrutaban de una porción de amigas». Y sobre este mismo capítulo, respecto al personaje de María Nikitichna, la escoliasta nos informa de que, en ella, quiso el autor representar a María Ivanchin Pizarov, una muchacha encantadora y graciosísima, amiga íntima de los Ivanov. Todavía en el mismo capítulo, al margen del episodio en que Veltchaninov canta la romanza de Glinka: «Dostoievski me dijo en diversas ocasiones la impresión extraordinaria que le produjera esta romanza, tal como se la oyera a Glinka, a quien había conocido en su juventud». Y sobre el personaje Alejandro Lovob, que aparece en el capítulo XIV, nos asegura Ana Grigorievna que Dostoievski representó en él a su hijastro (hijo de la primera mujer y del primer marido de ésta) Pasha Issayev.

Respecto al valor intrínseco y al puesto entre la producción de Dostoievski de El eterno marido, véase lo que dice Persky^[6]: El eterno marido ocupa un lugar diferente entre las obras de Dostoievski según sea esta novela apreciada por lectores rusos o de otra nacionalidad. Desde el punto de vista literario es una de las mejores. Hay atmósfera y espacio entre los personajes y los acontecimientos; hay también unidad y armonía. Pero esto no reconcilia a los lectores extranjeros con el escaso atractivo del tema y la mediocridad complicada del héroe principal, que no les interesan lo suficiente para hacerles desear penetrar en su alma misteriosa. El lector ruso ve y busca más lejos. Comprende la profunda enseñanza contenida en la historia, la compasión inagotable que muestra el autor al más odioso de los pecadores. Pero nada de esto es nuevo para su corazón; él conoce todo aquello, que lleva en sí y que encuentra cotidianamente a su alrededor. Busca en este libro palabras y alusiones referentes a Rusia y a su desenvolvimiento ulterior. Sin ello, la obra de arte más perfecta le deja frío».

Pero M. Persky no es completamente justo con los lectores y críticos occidentales. Ya uno de ellos (un espíritu sutilísimo y mucho menos conocido de lo que debiera serlo), Marcel Schwob, había proclamado años antes El eterno marido como la obra maestra de Dostoievski (en lo que, seguramente, exageraba). Y, hoy, ya nadie que haya leído a Dostoievski con cierta atención puede dudar de que se trate de una obra admirable, de uno de los estudios psicológicos más profundos y acabados que hayan salido nunca de la pluma de un novelista. Y es indudable que, en la producción de Dostoievski, inmediatamente después de Crimen y castigo, El Idiota, Los Poseídos, Los Hermanos Karamazov y Un adolescente, habría que colocar El eterno marido, muy superior, por otra parte, a casi todas aquellas desde el punto de vista de la construcción o, al menos, de los cánones clásicos de ella.

Si queremos una crítica un poco más sagaz y profunda que la de M. Persky, podemos acudir a la de M. André Gide, en su interesantísimo libro^[7] sobre Dostoievski: «El eterno marido es considerado por algunos letrados como la obra maestra de Dostoievski. ¿La obra maestra? Es quizás mucho decir. Pero, de todas maneras, una obra maestra. En este libro no hay sino dos personajes: el marido y el amante. La concentración no puede ser llevada más lejos. El libro entero responde a un ideal que hoy llamamos clásico; la acción misma, o al menos el hecho inicial que provoca el drama, ha tenido ya lugar como en un drama de Ibsen.

«Yeltchaninov se halla en ese momento de la vida en que los acontecimientos pasados comienzan a tomar un aspecto un tanto diferente a sus propios ojos.»... ¿Qué pasa, pues, en Yeltchaninov? ¿Qué pasa en él a esta edad, en este recodo de la vida? Hasta ahora, uno se ha divertido, ha vivido; pero, de pronto, nos damos cuenta de que nuestros gestos, los acontecimientos provocados por nosotros, una vez separados de nosotros, y por decirlo así lanzados al

mundo como se lanza un esquiife al mar; estos acontecimientos continúan viviendo independientemente de nosotros, a espaldas nuestras con frecuencia. (George Eliot habla admirablemente de ello en *Adam Bede*). Sí, los acontecimientos de su propia vida no se muestran ya a Veltchaninov a la misma luz que antes; lo que quiere decir que toma bruscamente conciencia de su responsabilidad. En aquel momento se encuentra con alguien que ha conocido en otro tiempo: el marido de una mujer que ha sido suya. Este marido se presenta a él de una manera bastante fantástica. No se acaba de saber si huye de Veltchaninov o si, por el contrario, le busca. Parece surgir súbitamente de entre las piedras de la calle. Vaga misteriosamente, ronda en torno de la casa de Veltchaninov, que no le reconoce en un principio. (Aquí Oide narra la primera entrevista del marido engañado, Pavel Pavlovich Trusotskii con Veltchaninov, y transcribe la escena en que este último se entera de que sus antiguos amores han dejado reliquia, en una niña, Liza, que Trusotskii tiene consigo como hija). Así, pues, Veltchaninov se da cuenta de que aquel amorío pasajero, al que no concediera la menor importancia, ha dejado huella. Y se yergue ante él la pregunta: ¿el marido, lo sabe? Y casi hasta el final del libro el lector duda; Dostoievski nos mantiene en la indecisión, y esta misma indecisión es lo que tortura a Veltchaninov, que no sabe a qué atenerse. O más bien, nos parece como si Trusotskii supiera, pero fingiendo no saber; precisamente para torturar al amante con aquella incertidumbre, que mantiene sabiamente en él.

»Una de las maneras de considerar este libro extraño es, la siguiente: El eterno marido nos presenta la lucha del sentimiento verdadero y sincero contra el sentimiento convencional, contra la psicología admitida y de uso corriente.

»No hay más que una solución: un duelo —exclama Veltchaninov—. Pero en seguida se da uno cuenta de la pobreza de la solución, que no satisface ningún sentimiento real, sino simplemente responde a una concepción ficticia

del honor; la misma de que hablaba anteriormente, una noción occidental, que nada tiene que ver aquí. Pronto comprendemos, en efecto, que Pavel Pavlovich, en el fondo, ama sus mismos celos. Sí, ama y busca realmente sus sufrimientos... Se ha hablado mucho en Francia, después del vizconde Melchor de Yogué^[8], de una religión del sufrimiento... Pero no caigamos en un equívoco. Aquí no se trata, o por lo menos no se trata exclusivamente, del sufrimiento ajeno, del dolor universal ante el cuál se prosterna Raskolnikoff cuando se hinca de rodillas a los pies de Sonia, la prostituta, o cuando el Padre Zósima se arrodilla delante de Dmitri Karamazov, el futuro asesino, sino también del propio sufrimiento.

»Veltchaninov, durante el curso de todo el libro, se preguntará: Pavel Pavlovich, ¿está celoso o no lo está? ¿Sabe, o no sabe? Pregunta absurda. Sabe; ¡ya lo creo que sabe! Y claro que está celoso; pero, precisamente, estos celos son los que él cultiva y protege en sí; y lo que busca, lo que ama, es este sufrimiento de los celos...

»De este abominable sufrimiento del marido celoso, apenas sabremos nada. Dostoievski no nos lo hará conocer, entrever, sino indirectamente, por los horribles sufrimientos que el mismo Trusotskii hará padecer a los seres que tiene cerca, empezando por aquella niña, a la que, sin embargo, quiere con pasión. Los sufrimientos de esta niña nos permiten medir la intensidad de su propio sufrimiento, Pavel Pavlovich tortura a aquella niña, pero la adora; no es capaz de odiarla, como tampoco lo es de odiar al amante... Convenzámonos de que lo que más le hace sufrir es, precisamente, el no conseguir llegar a sentirse celoso; o más exactamente, el no conocer de los celos más que el sufrimiento, sin poder odiar a aquel que le fue preferido. Los sufrimientos mismos que infligirá a su rival, los que tratará de infligirle y los que hace padecer a Liza, son como una especie de contrapeso místico, que opone al horror y al abatimiento en que se encuentra sumido. No obstante, piensa en la

venganza; no precisamente porque sienta deseos de vengarse, sino porque cree que debe vengarse y que acaso sea aquél el único medio para él de salir de aquella situación tremenda. Vemos aquí la psicología corriente imponerse al sentimiento sincero. La costumbre hace todo hasta en amor, decía Vauvenargues. Y La Rochefoucauld: ¡Cuántos hombres no habrían conocido nunca el amor, si no hubiesen oído hablar de él! ¿No tenemos, pues, el derecho de pensar igualmente: Cuántos hombres no serían quizás celosos si no hubiesen oído hablar de los celos y no se hubiesen convencido de que era preciso sentirse celoso?»

Y prosiguiendo la exposición, luego de transcribir algunas escenas insignificantes, concluye: «Si me he detenido tan largamente en esta novela, es por ser de presa más fácil que los otros libros de Dostoievski, por permitirnos abordar, más allá del odio y del amor, esa región profunda de que antes os hablaba, que no es la región del amor y a la que la pasión no llega, región a la vez tan fácil y sencilla de alcanzar, aquella misma, se me antoja, de que nos hablaba Schopenhauer, en la que se funde todo sentimiento de solidaridad humana, en que se desvanecen los límites del ser, en que se pierde el sentimiento del individuo y del tiempo, aquella, en fin, sobre cuyo plano Dostoievski buscaba y encontraba el secreto de la felicidad, como veremos más adelante».

* * *

Esta traducción, la primera en castellano, ha sido hecha sobre las traducciones, cotejadas, inglesa (The Eternal Husband, Translated by Constance Garnett. Vol. VIII Complete Works. Heinemann, London, 1917, y francesa (L'Eternel Mari, traduit par Nina Halperine-Kaminsky. Plon, París, 1896) comparadas con el original ruso, tarea en que me ayudó mi

amigo N. Zhukowsky, al que me complazco en reiterar aquí las gracias.

* * *

Fiódor Dostoievski nació en Moscú el 21 de octubre de 1821. Murió en San Petersburgo el 28 de enero de 1881.

OBRAS: 1846, Los Pobres, El Doble, Prokharchin; 1847, La Patrona, Una novela en nueve cartas (escrita en 1845); 1848, Polzumkov, Un corazón débil, La mujer de otro, Un ladrón honrado, Un árbol de Navidad y una boda, Las noches blancas; 1849, Netochka Nezvamova, Un pequeño héroe; 1859, El sueño del tío, Stepantchikovo; 1861, Humillados y ofendidos, La casa de los muertos; 1862, Un trance desagradable; 1864, Notas desde el subterráneo; 1865, El cocodrilo; 1866, Crimen y castigo; 1867, El jugador; 1868, El Idiota; 1870, El eterno marido; 1871, Los poseídos; 1873, Bobok; 1875, Un adolescente; 1876, Mareg el mujik, El árbol de Navidad celeste, La tímida; 1877, El sueño de un hombre ridículo; 1879, Los hermanos Karamazov. En diversos años: Diario de un escritor.

B. B.

I

Veltchaninov

Entrábase ya el verano, y Veltchaninov, muy en contra de lo que esperaba, veíase todavía en Petersburgo. Su viaje al sur de Rusia no se le había arreglado, y su pleito no llevaba trazas de concluir. El asunto —un litigio sobre propiedad de unas tierras— tomaba mal cariz. Tres meses antes parecía sencillísimo, sin sombra de duda, y he aquí que, bruscamente, todo cambiaba. «Por otra parte, lo mismo ocurre con todo; hoy, todo se tuerce», repetíase sin cesar a sí mismo, malhumorado.

Había acudido a un abogado muy ducho, caro y de fama, sin escatimar honorarios; pero, empujado por la impaciencia y la desconfianza, dio en ocuparse por sí mismo del asunto, escribiendo papeles que el abogado se apresuraba a escamotear, corriendo de tribunal en tribunal, haciendo averiguaciones inútiles, y en realidad entorpeció todo. Al fin, el abogado no pudo menos de quejarse y de aconsejarle que se fuera a pasar una temporada al campo.

Pero él no podía resolverse a marchar. El polvo; el calor asfixiante, las noches blancas de Petersburgo, que sobreexcitan y enervan, todo ello parecía deleitarle y retenerle en la ciudad. Habitaba en los alrededores del Gran Teatro, un pisito que había alquilado hacía poco y que no acababa de gustarle. «¡Nada acaba de gustarle!» Su hipocondría, cuyo germen llevaba hacía ya tiempo, iba creciendo de día en

día. Era un hombre que había vivido mucho, y holgada y alegremente. A pesar de sus treinta y nueve años, encontrábase ya lejos de la juventud. Toda esta «vejez», como él decía, le había caído encima «casi de sopetón». Él mismo comprendía que lo que le había envejecido tan rápidamente no era la cantidad, sino, por decirlo así, la calidad de los años, y que si se sentía flaquear antes de tiempo, era más bien culpa del espíritu que del cuerpo. A primera vista se le habría tomado aún por un hombre joven: alto, fuerte y rubio, con una cabellera abundante, sin una sola cana, y una hermosa barba que le llegaba casi a la mitad del pecho. Su aspecto podía parecer, al principio, tosco y desaliñado; pero, observándolo más atentamente, advertíase en seguida a un hombre perfectamente educado y estilado en los usos y modales de la mejor sociedad. Conservaba un aire de soltura y hasta de elegancia que no era bastante a ocultar la brusca huraña que se había apoderado de él, y tenía aún aquel aplomo aristocrático, cuyo efecto quizás ni él mismo sospechaba. Y eso que era hombre de una inteligencia, no ya despejada, sino sutil y excelentemente dotada.

Su cutis blanco y sonrosado había tenido en otro tiempo una delicadeza verdaderamente femenina, que llamaba la atención a las mujeres. Y aun decían, al mirarle: «¡Hermosa salud! ¡Nácar y rosas!». Sólo que esta hermosa salud se hallaba cruelmente inficionada de hipocondría. Sus grandes ojos azules, diez años atrás hicieron muchas conquistas; ojos tan claros, tan alegres, tan despreocupados, que, sin querer, retenían la mirada que tropezaba con ellos. Hoy, al caer de la cuarentena, la claridad y la bondad habíanse casi apagado en aquellos ojos ya cercados de ligeras arrugas. Ahora, por el contrario, reflejábanse en ellos el cinismo de un hombre de costumbres relajadas, hastiado de todo, la astucia, con frecuencia el sarcasmo, o bien un nuevo matiz que no se les conocía antes, un matiz de sufrimiento y de tristeza, tristeza distraída y como sin objeto, pero, no obstante, profunda. Esta tristeza se manifestaba sobre todo

cuando estaba solo. Y lo extraño es que este hombre que hacía dos años apenas era jovial, alegre y disipado, que contaba tan a la perfección historietas tan divertidas, hubiese llegado a preferir la soledad a todo. Deliberadamente, había roto con sus numerosos amigos, cosa acaso innecesaria, aun después de la ruina total de su fortuna. A decir verdad, el orgullo había tenido gran parte en ello. Su orgullo, tan susceptible, le hacía intolerable el trato de sus antiguos amigos; de modo que, poco a poco, había llegado al aislamiento. No por eso quedaron atenuados los sufrimientos de su orgullo, al contrario; pero, al exasperarse, tomaron una forma particular, completamente nueva, llegando a sufrir a veces por motivos imprevistos, que en otro tiempo no existían para él, en los que ni siquiera había pensado; por motivos de «orden superior», a los que hasta entonces no concediera importancia... «Suponiendo que realmente haya motivos superiores y motivos inferiores», añadía para sí. Era cierto, había llegado a verse obsesionado por motivos *superiores*, en los que antes nunca hubiera pensado. En el fondo, lo que él entendía por motivos superiores eran esos motivos de los que —con gran asombro suyo— nadie podía, sinceramente, reír a solas. (A solas, claro está, pues delante de gente es muy distinto). Él sabía de sobra que a la primera ocasión, mañana mismo, dejaría plantados todos aquellos secretos y piadosos mandamientos de su conciencia, enviando a paseo con mucha tranquilidad los «motivos superiores», y siendo el primero en reírse de ellos. Sin duda, eso es lo que ocurriría; pero, entre tanto, había conquistado una singular independencia de espíritu con respecto a los «motivos inferiores», que hasta entonces tan despóticamente le gobernarán. Muchas mañanas, al levantarse, hasta se avergonzaba de las ideas y sentimientos que había tenido durante el insomnio de la noche. (Y desde hacía algún tiempo padecía de frecuentes insomnios). Tenía observada en sí mismo, desde antiguo, una marcada inclinación a los escrúpulos, tratárase de cosas importantes o de una futili-

dad cualquiera; así que había resuelto fiarse lo menos posible de sí propio. Sin embargo, a veces tenían lugar hechos cuya realidad no era posible poner en duda. En los últimos tiempos, con frecuencia, durante la noche, sus ideas y sentimientos modificábanse hasta el punto de convertirse casi en lo contrario de lo normal, y muy a menudo perdían toda conexión con las ideas y sentimientos diurnos. Impresionóse mucho al darse cuenta de ello, y se fue a consultar a un médico de nombre, amigo suyo, al que —claro está— contó la cosa en tono de broma. El médico respondió que el hecho de la alteración y hasta el desdoblamiento de las ideas y sensaciones durante la noche, en estado de insomnio, es un caso muy corriente en hombres que «piensan y sienten intensamente» ; que, a veces, las convicciones de toda una vida cambian súbitamente, de pies a cabeza, bajo la acción deprimente de la noche y del insomnio; que de ahí el que se adopten, sin venir a cuento, resoluciones que necesariamente han de ser fatales; que todo ello, por otra parte, va por sus pasos contados, y que, en suma, si el sujeto experimenta muy vivamente el desdoblamiento de su persona, y sufre a causa de ello, es señal de una verdadera enfermedad, y urge, en ese caso, acudir a atajar el mal. Lo mejor, es cambiar radicalmente de género de vida, ponerse a régimen, o viajar; una purga tampoco estaría de más.

Veltchaninov no quiso seguir oyendo; la cosa era bien clara: estaba enfermo. «¡A eso se reducía la obsesión que él atribuía a algo *superior*! ¡A una enfermedad, simplemente!», exclamaba con amargura.

Pronto el fenómeno, que hasta entonces no había experimentado más que por la noche, se produjo también durante el día, pero con mayor intensidad. Y ahora sentía una satisfacción maliciosa y sarcástica, en lugar del enternecimiento nostálgico de antes. Veía surgir en su memoria, cada vez con más frecuencia, «súbitamente, y sabe Dios por qué», algunos acontecimientos de su vida anterior, de las épocas primeras de su vida, y estos acontecimientos se